





LOS PUERTOS  
DE MARIEL



Gretel Barreras

LOS PUERTOS  
DE MARIEL



Primera edición: septiembre de 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Gretel Barreras

ISBN: 978-84-19899-52-1

ISBN digital: 978-84-19899-53-8

Depósito legal: M-26158-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Hildita, por los años que  
bailamos sobre la incertidumbre.  
A mi hermana Irenia, a mis padres  
y a mi esposo Félix, por todo.*





«...y un nuevo marinero, como aquel que fue guía  
de Jasón y que hubo de nombre Tiphys,  
descubrirá nuevo mundo y ya no será la isla Thule  
la postrera de las tierras».

SÉNECA



## ÍNDICE

EL ESTRECHO DE LA MARCHITA.....	13
EL VERDADERO NORTE.....	29
LÁGRIMAS Y SANGRE .....	49
<i>C'EST L'HIVER</i> .....	61
PRIMER DÍA DE TRABAJO.....	71
MENDIGOS SOLIDARIOS.....	79
MONARDAS Y COLIBRÍES.....	91
DE COPOS Y CÓPULAS.....	99
ENERO DE LUZ.....	119
EL TORO DE BRONCE.....	135
LA CARNE DELATA .....	147
LA REINA TUERTA DEL MAMBO .....	159
LOS CUBERNÍCOLAS.....	173
<i>CHEAP THRILLS</i> .....	183
EVIDENCIAS.....	193
INVIERNO: MI ESPEJO .....	203
<i>LES AMAZONES</i> .....	217
ENTRE EL MAR Y EL FRÍO SILENCIO.....	231
LA TREMENDA CORTE .....	243
LA GRAN DECISIÓN.....	251
DE URANO AL SOL .....	259
AGRADECIMIENTOS.....	269



## EL ESTRECHO DE LA MARCHITA

Necesitaba más de una obsesión para no obsesionarme tanto, pero solo tenía una: irme de Cuba. Un día, y no el menos pensado porque no podía dejar de pensar en eso, la oportunidad de tener al fin una vida plena tocó a mi puerta y me abracé a ella sin consultar a mis miedos.

«Salta y la red aparecerá», recordé al guardar mi libro de cabecera en la maleta, y barrí con la vista la habitación para comprobar que no se me quedara nada. Al ver mi lado del closet vacío, tuve ganas de llorar, pero no lloré; una lágrima bastaría para avivar mis emociones arduamente dominadas. Agarré mi equipaje y, antes de cerrar para siempre aquella puerta, pensé en Fabián.

«La paz te hace daño», me había reprochado cuando le dije que me iría del país, pasando por alto que «paz» es la que logran los muertos y yo no había ni siquiera vivido. Y no me refiero a los dos años que pasé a su lado, sino a toda una existencia recondenada por la infausta circunstancia de haber nacido en Cuba. Dejarme amar no era mi prioridad. El amor

no me salvaría de la persona odiosa en la que mis frustraciones me estaban convirtiendo. Tenía que escapar, y sola; pues Fabián prefería la existencia carcelaria impuesta por el totalitarismo que aventurarse para conseguir un futuro mejor.

Eché en la cartera de mano un poco de papel sanitario para el viaje. Entré a la cocina, llené de agua un pomo plástico y, al pasar cerca del bulto de revistas *Bohemia* que Fabián había sacado de su estudio para botar, cogí al azar tres de ellas para leer por el camino. Eran viejas, de los primeros años posteriores al triunfo revolucionario, cuando la prensa cubana no manipulaba tan descaradamente la realidad del país. Tomé otra. El contenido prometía y consideré que a mi padre le gustaría leerlas.

Mi vista chocó con el último cuadro que Fabián había pintado: el mapa de Cuba y la Florida, y dos nombres relativos para el estrecho de mar que las separaba. Para un norteamericano, desde su orilla floreciente, era el estrecho de la Florida; y para un cubano, desde la otra orilla, era el estrecho de la Marchita, haciendo patente alusión a la depauperada y mustia situación de Cuba. Fabián era talentoso. Pero tener talento y no tener sueños es como no tener nada.

En el momento en que me embargó el tedio de tener que volver a mi ciudad natal, el chofer del auto que Fabián había alquilado me voceó desde la calle. Me asomé al balcón, y estuve a punto de pedirle que subiera para que me ayudara a bajar la maleta, pero su semblante desencajado me forzó a cambiar de idea. Llamé entonces a Rosendo, el vecino de los bajos que, a pesar de su amañamiento, tenía una fuerza brutal. Subió al instante.

—¿Y esa cara, Rosendo?, ¿qué te pasa?

Rosendo padecía trastorno bipolar y al parecer ese día se hallaba en medio de una crisis:

—Estoy triste, solo me llegan noticias apocalípticas. Ahora me dicen que algo raro anda en el aire que mata a los pájaros. ¿Tú has visto alguno morir? Yo miro para el cielo, pero no veo nada.

—Pues tú ten cuidado —bromeé, pero su expresión desconcertada me infundió ternura, y lo abracé.

Por el rato que estuve enroscada a aquel perturbado noble, admití que hubiera sido más conveniente para mí haber dejado que Fabián me despidiera, y rompí a llorar.

—No llores, Masiel, que no me voy a suicidar.

Rosendo nunca me llamaba por mi nombre: Mariel; prefería Masiel, debía sonarle más musical.

—¡Ya! No más tristezas, ayúdame a bajar esta maleta, anda.

—¿Para dónde vas?

—Para Camagüey.

—¿Me vas a traer cremita de leche?

—Sí, te voy a mandar una caja llena de cremitas —mentí, desestimando su memoria.

Corrí a buscar la cámara fotográfica que Fabián me había regalado, con la esperanza de que fotografiar me hiciera ver el lado bello de mi país, pero me fue imposible hallar inspiración en la miseria.

—Para que las cremitas lleguen, recuerda escribir mi nombre completo: Rosendo Troncoso Grande —puntualizó exultado.

—Tu nombre no se me olvida si me lo dices constantemente —aguanté la risa.

—¡Qué rico, cremital! —Rosendo dio salticos combinados con un agitar de manos frenético, y a lo Caupolicán, puso la maleta sobre su hombro y bajó las escaleras volando.

Apuré el paso para no perderlo de vista y al llegar saludé al chofer, le di las gracias a Rosendo y no tuve el valor de mirar el apartamento por última vez. Entré al auto, librándome de aquella tortura inútil.

Rompió a llover sin consuelo. ¿La Habana lloraba por mí o era yo quien lloraba por ella? El encanto de esta ciudad me había ayudado a vivir, como un amargo remedio que tal vez tomaba por última vez. «Gracias».

Meditando sobre mi destino, llegué a la terminal de ómnibus, busqué la puerta de Camagüey, rastree con la vista deseando toparme con algún conocido y me senté. A causa de mi miedo crónico al retroceso, hacía dos años que no iba a mi ciudad; prefería que mis padres fueran a visitarme a La Habana. Sin embargo, ahora Camagüey era el lugar más idóneo adonde ir, el único; el nido donde comenzaban y terminaban, forzosamente, mis ciclos existenciales.

Subí al ómnibus y, casi sin tiempo a acomodarme, se sentó a mi lado una mochilera, con la cabeza cubierta de trencitas apretadas, que me obsequió una sonrisa conforme.

—¡Qué calor! —expresó con acento francés.

—En breve, tendrás frío. Esta gente pone el aire acondicionado demasiado fuerte —le advertí cubriéndolo-



me los muslos con una manta azul cobalto que lucía el logotipo de la aerolínea Air Transat.

—¿Dónde vas? —quiso saber, y por su demacración inferí que estaba cansada.

—Para Camagüey, ¿y tú?

—Para Morón.

—¿Vas a los cayos?

—Sí. Pero primero voy a Morón a ver a mi novio.

Tuve deseos de preguntarle por qué su novio no había ido a esperarla a La Habana, pero hubiera sido una indiscreción; además, pronto lo sabría. Tenía el don de atraer a compañeros de viaje ansiosamente interesados en contarme la historia de su vida.

La chica colocó bajo el asiento una parte de su equipaje y vi tatuada en su nuca lo que parecía ser su fecha de nacimiento en números romanos.

—¿Y de dónde eres? —indagué tan pronto como terminó.

—De Francia. Pero vengo mucho *en* Cuba. Me encanta la cultura, la música...

—Y los cubanos —interrumpí sonriente.

—Sí, *está* la verdad. No me gustan los franceses porque son muy flaquitos.

Me quedé pensando en la inconcebible flacura de los franceses y dejé que la muchacha se acomodara, algo que por lo visto le era difícil.

El ómnibus comenzó a moverse y con el sol afuera contemplé La Habana, bella, esforzándose hasta el final por subsistir desde su depauperada sombra. La lluvia se volvió

menos intensa y pegué la nariz a la ventanilla buscando un arcoíris, pero nada. No sabía el tiempo que hacía que no veía un arcoíris en el cielo de Cuba. Solo pájaros muertos. Me acordé de Rosendo y pensé que quizá no estuviera tan loco.

La francesa abrió una guía de La Habana y empezó a leer un papel ajado.

—¿Qué quiere decir trotón?

—¿En qué contexto? —le pregunté en el momento en que la chica me daba a leer la nota.

Nena, qué lástima que te vas. Ojalá nos volvamos a ver, me dejaste trotón, trotón.

—Quiere decir que lo dejaste caliente; o sea, con ganas de hacer el amor.

—Oh, normal, los cubanos siempre están trotón.

Había notado que, delante de nosotras, se había sentado un pasajero que no dejaba de mirarnos ni de secarse con un pañuelo el cuello sudado y curtido. Cuando escuchó a la francesa, se sonrió. Su aspecto era un poco desagradable. Tenía la boca comida, como si le faltaran dientes, y las manos maltratadas por alguna ardua labor.

Abrí una de las revistas *Bohemia* que había cogido de casa de Fabián y empecé a hojearla hasta que la francesa me interrumpió:

—¿Es que vale la pena visitar Camagüey?

—Si lo que buscas son hombres fornidos, después del período especial no quedaron muchos —la francesa se puso seria, sospeché que me había pasado y maticé el

atrevimiento con un tono más suave—. Es una ciudad sin mar, con dos o tres iglesias y una tranquilidad a las 7:00 de la noche que parte el alma.

—Veo que no te gusta tu ciudad.

—Camagüey es más que eso. Si algún día vas, te lo puedo mostrar —intervino por fin el mirón con una voz bronquítica.

—Ahí tienes, un guía —ironicé, y procuré concentrarme en la revista, pero la conversación de los otros dos me distrajo.

—Me gustaría ver algunas especies marinas, como la caguama y el manatí. ¿Crees que sea posible en los cayos? —indagó la francesa.

—¿Para comer?

—No, para tomar fotos.

—Ah, porque yo conozco en Cayo Guillermo una persona que te puede preparar un arroz con caguama para chuparse los dedos —dijo el mirón, y me dio asco imaginármelo chupándose aquellos dedos ásperos capaces de hacer sangrar la lengua.

—¡Qué salvajismo! La caguama está en vía de extinción —intervine—. Pero bueno, si Fidel Castro ha sido el primero en acabar con todas esas especies por puro placer, qué se va a esperar de aquel que tiene hambre de verdad. Y no es que lo diga yo —aclaré en respuesta al torcer de ojos que me echó el mirón—, la foto de la matanza habla por sí sola.

Les mostré la foto donde aparecía Fidel mirando como dos de sus subordinados mataban a una enorme caguama en Cayo Largo.

—Él mató esa caguama porque se quedaron sin comida —especificó el mirón.

—¿Tú andabas con ellos?

—No, pero lo dice allí.

—Claro, ¿qué van a decir? Si es que me extraña que no hayan agregado que era una caguama mercenaria o agente encubierta de la CIA.

—Toma, amiga, este es mi teléfono —el mirón me ignoró deliberadamente y le extendió a la francesa un boleto viejo con su número de teléfono escrito en tinta azul—. Para cualquier cosa que quieras: conocer Camagüey, bailar o comer caguama, llámame. Estoy a tu disposición.

La francesa le dio las gracias, miré por la ventanilla y, cuando el entrometido se levantó a buscar algo en su equipaje, la francesa me preguntó:

—¿Cómo es vivir en Cuba?

—Es como vivir en un callejón sin salida, o sea, en un *cul-de-sac*; en un culo.

Dije la última definición sin pensarla. Se escapó de mi boca como una verdad traviesa.

—No creo —la francesa me miró y sonrió—. No creo —repitió, pero en su cara brillaba el deseo de expresar más ideas que tal vez no dijo por falta de pruebas o de vocabulario.

—Podemos permutar, tú vienes para mi casa y yo voy para la tuya, como en *El príncipe y el mendigo* —le dije, por decir algo.

—El ser humano es muy inconforme, como dice el refrán: «*L'herbe est toujours plus verte ailleurs*».